

California y Sonora en la primera mitad del siglo XVI

*Julio César Montané Martí
Centro INAH Sonora*

Los primeros encuentros de los españoles con los antiguos habitantes de los territorios de California y Sonora, fueron verdaderos desencuentros. Los indios les hacían señas a los españoles para que se fueran y les trazaban rayas en el suelo indicándoles que no debían traspasarlas. Entendieran o no los españoles lo que los aborígenes les indicaban, estaban convencidos de que estos territorios les pertenecían, pues se los había dado el Santo Padre a los reyes católicos. Los conquistadores sabían que estas tierras norteñas eran suyas y que los hombres que las habitaban también; por tal motivo habían estado cazando indígenas en Sinaloa para esclavizarlos. Por esa razón se les hizo normal robar el maíz de las milpas de los indios, y tomar el agua de los aguajes en las costas californianas.

Los naturales estaban alarmados y pendientes de los avances de los españoles al norte, debido a los muchos desmanes que venían efectuando. Tan es así que los zuñi mataron al esclavo Estebanico para que no informara sobre ellos a los europeos. Trasmítían a largas distancias noticias de los movimientos de los conquistadores y armaban distintas estrategias para deshacerse de ellos.

La lucha de los indios por recuperar la libertad y sus territorios no cejó nunca durante la época colonial y continúa hasta la actualidad, siendo los yaquis el ejemplo más notable.

Hernando de Alarcón dejó sus naves varadas en el Río Colorado, que él denominó de la Buena Guía, a unos 15 km de la desembocadura (Montané s.f.). Desde allí, con dos botes con 10 remeros en cada uno, emprendió la exploración del río en busca de noticias de Francisco Vázquez de Coronado. El viernes 23 de agosto de 1540 avistó un poblado de indios cucapás cerca de la orilla donde había una docena de éstos. Apenas vieron a los españoles, los nativos fueron a buscar a los otros y se juntaron unos 50. Inmediatamente procedieron a sacar niños, mujeres y objetos de sus viviendas y las llevaron a un bosquecillo cercano, para proteger a su gente y sus bienes. Y les hicieron a los colonizadores señas para que se devolvieran; al menos así lo interpretó Alarcón. Corrían los indios por la orilla del río amenazando a los recién llegados para que se fueran.

Se puede constatar que en muy diversas partes de estos territorios se repite esta escena, en la que los aborígenes, al ver a los españoles, protegen a sus mujeres, niños y sus pertenencias; lo mismo habían hecho los habitantes de la península de California ante la presencia de Francisco de Ulloa el año anterior. Sin lugar a dudas los nativos estaban informados de los atropellos que venían causando los europeos.

Este primer encuentro no fue de indios maravillados ante estos divinos seres llegados del cielo, tal como gustan de contar los españoles a partir de las mentiras de Cristóbal Colón, y que los historiadores hispanófilos repiten (Montané 1997). Meses antes había estado en el ancón Francisco de Ulloa, pero no nos dice que divisara indios, aunque sí tuvo encuentros con ellos más al sur, en la costa de la península. Fray Marcos de Niza sostuvo que el año anterior de 1539 llegó a la desembocadura del Río Colorado, pero tal aserto no ha podido ser contrastado y es

poco probable que sea verídico (Montané 1995a).

Alarcón fondeó sus lanchas en el centro del río. Les dijo a sus hombres que se estuvieran quietos y no hicieran nada que espantara a los indios. Éstos se fueron acercando poco a poco a la orilla; ya se habían juntado unos 250 hombres que portaban sus arcos y flechas y algunas banderas. Alarcón avanzó hacia la orilla y los indígenas se colocaron en actitud de guerra. Le ordenó a su intérprete que les hablase, pero no le entendieron. Entonces se acercó más a la ribera y los nativos hicieron señas de que no pasase adelante y a gritos tomaron la orilla y clavaron palos entre el agua y la tierra, insistiendo así en su territorialidad, que estaba siendo violada por Alarcón.

Los indios se mostraban amenazantes. El explorador siguió dando señales de paz. Bajó la bandera que llevaba en el bote, tiró su espada y su escudo al piso y les puso el pie encima. Les hacía otras señas de paz a los aborígenes, explicándoles que no quería pelear con ellos, y les ofreció algunas de las chucherías que siempre llevaban los españoles para intercambiar. Los indios seguían hostiles. De repente salió de entre ellos uno con un palo en cuyo extremo se encontraban conchas, y entró en el agua para dársela al español. Alarcón le hizo señas para que se acercara, lo abrazó y le obsequió cuentas y otras baratijas. También a Francisco de Ulloa en la Isla de Cedros le ofrecieron conchas en forma similar (Montané 1995b). El indio regresó con los suyos y les habló. Al poco tiempo vinieron otros y Alarcón les hizo señas de que dejaran sus armas en el suelo, y ellos así procedieron. Les dio objetos de intercambio. Decidió desembarcar y les indicó que se sentaran en la tierra; los nativos lo hicieron. Procedió a abrazar a algunos y les repartió algunas baratijas. Como el capitán quería averiguar qué comían, les dio a entender que tenían hambre; les llevaron mazorcas de maíz y un pan de mezquite.

Los indios les pidieron que disparasen los arcabuces. Tal solicitud llama la atención y cabe preguntarse si los nativos les habían entendido las explicaciones sobre estas armas, o tenían noticias de tales artefactos bélicos y querían saber si era verdad lo que les habían contado otros indios. Los españoles dispararon un arcabuz y los indígenas se espantaron, menos tres viejos que permanecieron impassibles y regañaron a quienes se habían atemorizado. Uno de estos hombres habló de tal manera que algunos nativos empezaron a levantarse y tomar sus armas. Alarcón, para calmar al indio que los dirigía, le entregó un cordón de seda multicolor; pero éste con gran cólera se mordió el labio inferior, le propinó con el codo un golpe en el pecho y volvió a hablar a sus compañeros con más furia. Alarcón, asustado, dio orden de embarcarse. Izó las velas y siguió navegando a contracorriente. Los nativos los siguieron por la orilla haciéndoles ademanes de que debían saltar a tierra. Algunos se chupaban los dedos, lo que el capitán interpretó como que le ofrecían comida. Al navegar río arriba otras 2 leguas, vieron sobre una barranca una enramada hecha recientemente. Los indios les indicaban con señas que en la enramada había comida. Alarcón consideró que el lugar era apto para una emboscada, y siguió navegando, y a poca distancia vieron salir más de 1,000 hombres armados con arcos y flechas.

Este largo relato nos enseña, más que otras cavilaciones, de qué manera estaban los indígenas expectantes y activos ante la venida de los españoles a su territorio. Se encontraban informados de la presencia de los extranjeros y de qué manera se comportaban con los indios, razón por la que tomaban las providencias del caso, tratando de ahuyentarlos, negociando, haciéndoles emboscadas y por último declarándoles la guerra. Mientras los yaquis le trazaron una raya en el suelo a Diego Martínez de Hurdaide, los cucapás colocaron palos enterrados cerca de la orilla para que no desembarcaran los españoles en su tierra.

De que los nativos estaban bien informados no cabe duda. El mismo Alarcón cuenta que cuando el indio vio los platos que empleaba para comer, le dijo que el señor de Cíbola tenía unos

iguales, pero que eran verdes y eran cuatro, los que había obtenido con el perro y otras cosas de un hombre negro barbado a quien el señor de Cíbola hizo matar. Se refería a Estebanico, el esclavo de Dorantes y del virrey Mendoza después, quien meses antes había viajado con fray Marcos de Niza y adelantándose había llegado al poblado zuñi de Hawikuth. También conoció Alarcón a dos indios yumas que habían observado la expedición de Francisco Vázquez de Coronado. Es decir, los aborígenes tenían noticias recientes de lugares que estaban a más de 500 km, lo que demuestra la movilidad de sus grupos y de cómo estaban interconectados con otras tribus.

Alarcón nos da muchas informaciones sobre los indios del bajo Río Colorado debido a que debía obtener noticias de Francisco Vázquez Colorado para entregarle las vituallas que les llevaba, lo que no logró hacer. Alarcón fracasó en sus intentos de contactar a la expedición de Vázquez Coronado, por lo que emprendió el retorno.

Para encontrarse con Alarcón emprendió Melchor Díaz, desde San Jerónimo de los Corazones, una expedición al Río Colorado con 20 soldados y un número indeterminado de conversos. Llegaron a un lugar a 15 leguas de la desembocadura, donde en un árbol decía “Aquí llegó Alarcón”, y a su pie había una carta en la que el capitán informaba que no podía esperar más y se retornaba a la Nueva España. Díaz continuó río arriba por cinco jornadas y trató de cruzar el Colorado. Los indios del lugar intentaron asaltar a los españoles. Aparentando ayudarles, comenzaron a construir balsas para pasar el río. Tomaron preso a un aborígen, al que torturaron, y éste les confesó que sus compañeros tratarían de matarlos cuando estuvieran con las balsas en el centro de la corriente. Los españoles mataron al cautivo para que no les llevara noticias a los suyos. Y en la noche, sigilosos, trataron de escapar. Los indios los bañaron de flechas y los europeos, al grito de “¡Santiago!”, con sus caballos y lanzas empezaron a alcanzarlos, haciéndoles mucho daño; además, con los tiros de arcabuces lograron que huyeran. Se tornaron al sur por el área del Pinacate, donde Melchor Díaz incidentalmente se atravesó la lanza en la vejiga, por lo que falleció 20 días después (Montané 2002).

Doscientos años más tarde, podemos percibir que las cosas no habían cambiado mucho y que los indios seguían defendiendo su territorio de los extranjeros. Los yumas una vez más entraron en acción. En esa ocasión los españoles tenían un interlocutor indio, *conemy*, jefe, Olleyquotequiebe, que ellos denominaron Capitán Palma. Con él había convenido Juan Bautista de Anza que le permitiera el paso por el Río Colorado en su expedición a la Alta California. El 2 de enero de 1774 se robaron los apaches del presidio de Tubac parte de los caballos y mulas que se habían seleccionado para la expedición (Montané 1989). Tuvieron que reponerse los animales. Bien tiene De Anza dispuesta la salida, le robaron nuevamente caballos y mulas y además le mataron a un teniente y dos muleros. Fuera casualmente o no, los indios habían trastornado los planes de la expedición. En vez de seguir el lógico camino por el Río Gila a la junta con el Colorado, el sonoreense tuvo que hacer el camino hasta Caborca para proveerse de animales y de ahí seguir nada menos que por el Camino del Diablo. La Cieneguilla estaba en todo su esplendor y sólo consiguió comprar bestias flacas y en malas condiciones. Palma lo recibió con gran regocijo y le prestó todo su apoyo para cruzar el Colorado. Pero a los días de partir se vio obligado a retornar, pues los guías se equivocaban de camino y terminaron por llevarlos por los arenales. De Anza tuvo que dejar la mitad de las bestias y la carga y algunos soldados, y necesitó 15 días para reponerse. Tardó 20 más en llegar a San Gabriel, arrastrando a los caballos de las bridas, razón por la cual fray Junípero Serra lo retó, pues dijo que bastaban sólo días para hacer el camino. Dos años después, De Anza realizó una segunda expedición (Montané 2000).

Las negociaciones con Palma continuaron y culminaron con la visita a la ciudad de

México y su bautizo, ante la presencia del virrey y con grandes promesas de los beneficios que se entregarían a los yumas. Pero esto no fue así; al contrario, los indios sólo recibieron perjuicio en sus posesiones donde pastaron los animales de los españoles, además de que éstos se apoderaron de las mejores tierras de los nativos. Por ello, cuando Fernando de Rivera y Moncada comandó la expedición de pobladores para la California, se les hizo fácil que el ganado que llevaban (como 1,000 bestias) comiera de las milpas de los aborígenes. Consecuencia de tal acción fue la indignación de éstos y la destrucción de los poblados españoles, la muerte de los cuatro misioneros franciscanos y de muchos forasteros el 17 de julio de 1781. El propio capitán Rivera y Moncada perdió su vida y Palma se colocó la casaca del comandante. Murieron 105 personas, entre soldados y colonos, y los indios hicieron 74 cautivos. Una vez más los yumas habían no sólo cerrado el paso a la California, sino expulsado a los extranjeros de su territorio como en el pasado.

Los españoles, claro está, decidieron castigar a Palma y los yumas. Para tal fin enviaron al Río Colorado una expedición punitiva de Voluntarios Catalanes, al mando de Pedro Fages, desde San Miguel de Horcasitas el 16 de octubre de 1781. La empresa fue un completo fracaso en cuanto a tratar de castigar a Palma y los yumas. Sólo lograron intercambiar prisioneros y matar algunos indios (Priestley 1913). Y nuevamente quedó cerrado el paso a la California, el cual sólo se abrió con la fiebre del oro. No hubo yuma que pudiera detener la marea sonorenses de quienes iban tras las minas de la California.

Este sucinto relato de la resistencia yuma a los españoles resume la oposición de los indios a la conquista y nos ilustra sobre cómo, cada vez que las condiciones lo permitían, los aborígenes intentaban recuperar los territorios de que los despojaron los españoles. La rebelión adquiere distintos tonos según como se dan las correlaciones de fuerzas. Las más de las veces es una reacción silenciosa, una cultura de la resistencia oculta que sólo podemos reconocer en los momentos que se torna activa.

También la expedición de Francisco de Ulloa nos da bastantes noticias de los indios, en un esfuerzo por justificar la razón por la que no logró obtener información sobre las siete ciudades. Todos los encuentros con los nativos se tornaron conflictivos debido a que los españoles bajaron a tierra para proveerse de leña y de agua. Esta última es escasa en la costa de la península y a los europeos se les hizo fácil desembarcar y apropiársela. Pronto se dieron cuenta de que los indios defendían con sus vidas el líquido. Llama la atención que en ningún caso intentaron negociar con los naturales para que les permitieran tomar el agua.

A donde dirijamos la atención en el noroeste de México, encontramos una situación similar de resistencia de los indios a los conquistadores. Los escritos triunfalistas de los jesuitas no han logrado ocultar ni la rebelión india ni el fracaso de las misiones de su orden (Montané 1999).

Bibliografía

Montané Martí, Julio César

- 1989 *Juan Bautista de Anza: diario del primer viaje a la California, 1774*, Sociedad Sonorense de Historia, Hermosillo.
- 1995a *Por los senderos de la quimera, el viaje de fray Marcos de Niza*, Instituto Sonorense de Cultura, Hermosillo.
- 1995b *Francisco de Ulloa, explorador de ilusiones*, Universidad de Sonora, Hermosillo.

- 1997 “De gestos y palabras en Sonora colonial”, *Clío* 21: 121–145, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán.
- 1999 *La expulsión de los jesuitas de Sonora*, Contrapunto 14, Hermosillo, Sonora.
- 2000 *Fray Pedro Font: diario íntimo*, Universidad de Sonora, Hermosillo.
- 2002 *Francisco Vázquez Coronado: sueño y decepción*, Colegio de Jalisco, Zapopan.
- s.f. *Hernando de Alarcón*, inédito.
- Priestley, Herbert Ingram
- 1913 *The Colorado River campaign, 1781-1782: diary of Pedro Fages*, Publications of the Academy of Pacific Coast History 3(2), Berkeley.